

URQUIZA Y SU PUEBLO

En el pasado argentino, sólo una figura de relieve nacional se destaca por haber interpretado tan íntimamente el alma de nuestro pueblo. Fué su más fiel representante. Su más autorizado también: por su cultura, su genial intuición, su capacidad, su bravura legendaria, su cualidad de conductor nato. Reunía en su persona atributos esenciales que pocas veces se encuentran en un solo hombre. Pero el más esclarecido de sus méritos radica en que supo captar lo que de puro y sutil atesoraba el alma del pueblo, escondido en lo más íntimo de su ser, ya que eran personas abstraídas, insociables, hurañas, retraídas. Fué su arma. Su razón. Su guía. Y tuvo fe. Al comprenderlo e interpretarlo, triunfó.

Este ilustre varón se llamó Justo José de Urquiza!

Para ubicarlo en el panorama argentino y llegar a desentrañar el motivo de su éxito, es necesario que en rápido bosquejo estudiemos el amplio horizonte nacional en su faz social y humana, donde se movieron las masas anónimas de nuestro pueblo en un incontento vuelo interior por superarse, inconscientemente quizá, pero guiados por una fuerza superior incontentible.

Desde el primer día del movimiento popular, los hombres que llevaron a cabo nuestra revolución emancipadora, orientaron su acción hacia los fines perfectamente definidos, no obstante los discutibles recursos de que debieron echar mano para disfrazar sus trascendentales propósitos: pretendían emancipar el territorio del Virreinato del Río de la Plata del yugo

metropolitano y anhelaban llegar cuanto antes a la organización política de la colonia española.

Para lograr el éxito de su plan libertador la lucha fué larga y sangrienta. Tuvo victorias y derrotas, que en más de una oportunidad hicieron vacilar a sus esforzados campeones; pero después de consolidada la independencia de Chile, pudo decirse que la heroica declaración del Congreso de Tucumán quedaba definitivamente afianzada en los hechos y en la realidad.

Al fin el país era libre! Sus fuerzas iban a empeñarse en adelante, en la magna obra de realizar y afianzar la libertad de medio Continente, despejando sus horizontes de toda posible amenaza de reacción peninsular, para consolidar nuestra propia independencia.

Aquellas fuerzas mancomunadas con las de sus hermanos en sangre y en ideales, no tardarían en poner fin, en la jornada decisiva de Ayacucho, a la larga brega sostenida contra España, después de tremendas contingencias.

Antes de esta victoria definitiva, los próceres de Mayo y sus colaboradores habían abordado ya la árdua tarea de cumplir el segundo fin de la revolución del año diez. Fueron varias las tentativas de organización nacional. Ellas se concretaron, por fin, en la obra del Congreso que proclamara la independencia. Puede decirse sin temor de exagerar que hasta esa época, el régimen español, con mutaciones mas de forma que de fondo, se mantenía en pie.

Los hombres que hicieron la revolución, formados en esa escuela, no pudieron emanciparse del todo de las imposiciones del medio en que actuaran y de la educación que recibieron en sus centros de cultura, ya se tratara del Colegio de San Carlos o de las Universidades de Córdoba o Chuquisaca. De ahí las veleidades monárquicas de muchos de ellos, que son bien conocidas. De ahí las tendencias hacia un centralismo férreo que orientaban a aquellos que aceptaron e impulsieron los principios republicanos. La sociedad colonial permanecía inmutable. Sus mentores respondían a esa modalidad. En las cla-

ses directivas, en los núcleos urbanos sobre todo, la mutación proclamada no se había operado sino en apariencia. La metrópoli estaba representada por la comuna del movimiento de Mayo: el Virrey español había reencarnado su espíritu en los Directores Supremos del nuevo Estado...

Se hizo necesario un cataclismo político-social terrible, la crisis del año veinte, para que la transformación prometida e indispensable se cumpliera, a fin de dar forma definitiva y permanente a la "Nueva y gloriosa Nación" cuyas hazañas cantara ya en el año 1813, la musa inspirada de López y Planes.

Se opera principalmente ese trastorno por obra de la población de una zona del país que, sin ser extraña al esfuerzo inicial emancipador, como que a él se adhirieron desde el primer momento sus dirigentes, que se habían mantenido en cierto modo al margen de aquel esfuerzo. Nos referimos a los habitantes de la región litoral, encuadrada por los grandes ríos que llevan sus aguas al Plata inmenso, corrientes caudalosas que impusieron una situación de perenne aislamiento a los que se arriesgaron a poblar y defender sus campos feraces, riquísimos. Los ríos Uruguay y Paraná, la aislaban no sólo de posibles invasores extraños, sino hasta de los beneficios de la civilización y el comercio de la época. En sus selvas inmensas subsistían belicosos núcleos indígenas —charrúas, minuanes, yaros, guaraníes— que se opusieron tenazmente al avance de los colonos de origen español.

La gran Capital no había podido imprimir, sino a medias, su sello característico a esos embronarios núcleos sociales, que vivían sólo absorbidos por sus problemas lugareños, pero profundamente arraigados a su tierra con una característica personalidad. Ni aún después de su reagrupamiento en los centros urbanos que organizara Rocamora en las postrimerías del siglo XVIII, revelaron tales poblaciones las modalidades de las otras comunas organizadas a través de más de medio siglo por el conquistador español, no teniendo en cuenta las Misiones jesuíticas, por su extraña modalidad, pues se regían por

un sistema comunista totalmente distinto al que imponía España en sus colonias.

Los pobladores de esos centros del Litoral continuaron viviendo su existencia primitiva, siempre a caballo, con las armas al alcance de la mano, en lucha perpetua con el indio, con las fieras, con la enorme selva, con los rapaces vecinos paulistas o ríograndenses, que en frecuentes correrías se arriesgaban hasta sus campos, siguiendo la huella de aquellos audaces aventureros que bajo el pabellón lusitano asaltaron sin cesar el emporio que crearon, en las cercanas Misiones, los padres de la Compañía de Jesús: el maravilloso imperio teocrático.

Todos esos campos que eran sin deslinde posible, facilitaban la mezcla y confusión de los ganados. Las inmensas selvas que cubrían más de la quinta parte de ese territorio, a una y otra banda del Uruguay y el Paraná, hacían que las haciendas se alzasen con frecuencia, para usar el gráfico modismo regional, obligando a una brega durísima en la que a cada instante se jugaba la vida para recuperarlas y sujetarlas de nuevo al control de sus legítimos propietarios. Velaban éstos sin tregua por la conservación de sus únicos bienes y rara era la ocasión en que su celo pudiera ejercitarse por medios pacíficos o amistosos. El gaucho a su vez se alzaba con frecuencia refugiándose en los bosques vecinos, cuyos vericuetos no tenían secretos para él. La dura ley de la necesidad le obligaba a vivir cuatrerando, hábito que le mantenía en perpetua lucha con la autoridad y con los dueños de los campos y ganados que sus correrías asolaban. Se forjaban así en las incidencias de una batalla de todas las horas con el hombre y con la naturaleza.

Las distancias que separaban sus hogares dispersos, las selvas enmarañadas, los ríos y arroyos caudalosos, los esteros y bañados inmensos e intransitables, los indios valientes y aguerridos, los animales feroces que poblaban los bosques, obligaban a una batalla incesante, que comenzaba en los albores de la existencia y que sólo terminaba en el fin de la vida.

Por supuesto que triunfaba el más fuerte. En torno suyo,

ya en su modesta vivienda urbana o en su apartada estancia, se agrupaban los demás, ya sea para que los protegiese su probada hombría, ya para tomarla como ejemplo o para emular con ella en la ocasión propicia, discutiendo una supremacía y un dominio, que era, sin duda, secreto anhelo de todas esas almas primitivas.

Así surgió, como producto espontáneo y natural de aquel medio, el mentado caudillo lugareño o regional, que a su vez debía rendir pleitesía a otro poder más fuerte que el suyo, fuera o no el de la autoridad. Esta casi no se ejercía sino hasta donde era posible imponerla en los hechos o por la fuerza. El saludable freno del poder público, a veces abusivo pero siempre benéfico, rara vez se reconocía y aceptaba en este medio, aun cuando nominalmente se crearan tales poderes por designación periódica de las autoridades metropolitanas. Las únicas que respetaban eran las que ellos mismos se imponían y designaban por mutuo consentimiento colectivo.

Producida la revolución de Mayo, no tardó en llamar a la acción a esos núcleos embrionarios de la Mesopotamia y ellos respondieron entusiastas, agrupados en torno de sus jefes locales. Sin embargo, el afán centralista de los directores de aquel magnífico movimiento despertó luego los recelos y las resistencias de tales jefes, con frecuencia suplantados por desconocidos e incapaces, enviados so pretexto de brindarles mejor organización para afrontar la lucha a que se les convocaba. La desconsideración sin medida de estos hombres y los prestigios de varios caudillos menores y luego de Artigas, hicieron el resto.

Sobrevino de hecho la segregación, casi en los comienzos de esa lucha titánica, arrastrando no solo a la Mesopotamia, poblada en la forma a que acabamos de referirnos, sino también a la región de Santa Fe, muy distinta en su desarrollo y en su paulatino progreso, como que de allí partieron con don Juan de Garay, doscientos treinta años antes, muchos integrantes de el grupo humano que repobló el asiento abandonado de Buenos Aires.

Los santafecinos resistieron la absorción metropolitana y se retrajeron del grande y profundo esfuerzo que la conquista de la independencia nacional demandaba a los demás pueblos del Virreinato, negándose a aceptar los pregonados beneficios de sus tentativas de organización política, ya que también pretendían imponerles el yugo de su absolutismo, como a Entre Ríos, como a Corrientes, como a otras provincias.

Unidos a sus vecinos entrerrianos, pudieron ser en la hora que el destino les marcara, los factores decisivos del cataclismo llamado a precipitar el derrumbamiento de la sociedad colonial, obligando a sus directores a abandonar sus proyectos de absorción centralista, para imponerles, por la superioridad de las ideas y la fuerza de las armas, la verdadera forma de organización política que la patria común anhelaba y necesitaba, como el mejor instrumento de sus progresos futuros y de su soñado engrandecimiento.

Si esas poblaciones del Litoral no se hubieran formado y forjado en la escuela de lucha incesante que hemos descrito; si ellas no se hubieran mantenido al margen de las jornadas bélicas del primer decenio de nuestra vida independiente, economizando sus pujantes bríos para la guerra interna que debía fatalmente sobrevenir, sabe Dios la duración que hubiera tenido el choque inevitable de tendencias políticas tan antagónicas y la magnitud de sus consecuencias en ese período inicial e incierto de nuestra vida libre y soberana.

Tal vez esa cruenta y encarnizada lucha, prolongándose a través del tiempo, hubiera desviado el curso de los destinos de nuestro pueblo, librándose a costa de ingentes pero decisivos sacrificios, de la dura prueba que por tantos años hubieron de soportar los argentinos. Sin embargo, tal como los hechos sobrevinieron, la contienda afrontada con singular gallardía y eficiencia por los habitantes del Litoral, aventó los resabios del régimen colonial que aún subsistían como valla a nuestro progreso y dió paso a regímenes nuevos que el país presentía y anhelaba y cuyos alcances y beneficios sólo una selecta y minúscula porción de sus habitantes sabía valorar.

Sólo instintivamente, el resto, la enorme mayoría, aunque con entusiasmo y decisión, marchaba a tientas hacia el mismo fin. Y lo más curioso de este caso de inversión que se operaba en la entraña de nuestra masa social, era el concepto de total desprecio con que la mayoría, a todas luces víctima del error, motejaba a la minoría avizora del futuro y clarividente, a la que calificaba de bárbara y cerril.

Enconadas contiendas se mantuvieron y muchos años pasaron, antes de que la que se jactaba de ser la porción selecta de nuestras nacientes poblaciones, se diera cuenta exacta de lo que ocurría. Sus líderes vieron claro, sin duda mucho antes, pero a nadie interesaba, como a ellos, mantenerla en el error, lo que implicaba conservar a su favor los enormes intereses creados en beneficio propio, por el vetusto sistema implantado y mantenido con entera conciencia y férrea perseverancia por los mandatarios metropolitanos, que constantemente hicieran celosa exclusión de sus beneficios a los desamparados hijos del país.

Crucial fué el año veinte, que presencié el choque de las dos fuerzas antagónicas. El centralismo siguió al Director Rondeau, hombre mediocre, que no obstante haber prestado indiscutibles servicios a la causa de la emancipación, carecía de las condiciones indispensables al mando que investía entonces y que antes invistiera en jornadas no menos importantes. Las fuerzas del Litoral obedecían al general don Francisco Ramírez, encarnación genuina de las masas belicosas de su pago natal y entusiasta paladín de sus tendencias federales, resuelto a imponer por la fuerza el respeto a las autonomías locales que sus adversarios intentarían sojuzgar, en una contienda que llevaba más de un lustro sin definirse.

Como era de preverse vencieron las fuerzas nuevas y sanas en la tremenda lucha. El vetusto organismo centralista se derrumbó estrepitosamente en los campos de "Cepeda", cayendo el Directorio gobernante, entregado a ideas foráneas y viviendo fuera de la realidad política ambiente.

Como inmediata consecuencia de esta jornada, es el Tra-

tado que se firmara en el pueblo del Pilar, piedra angular de la organización política de la República, es decir punto de partida de la solución definitiva del tercero de los problemas que planteara el movimiento libertador.

En 1821, por la traición de sus amigos, sucumbía heroicamente el caudillo vencedor en las cercanías del Arroyo Seco, en Córdoba. Su prematuro fin impidióle consumir sus planes políticos de gran envergadura, pero la semilla que sembrara no se malogró. El pueblo de cuyas filas surgiera se mantuvo fiel a su memoria y a su credo. Así lo comprobó en distintas circunstancias, hasta que aparece en ese escenario la figura señera de Urquiza, el hombre llamado a proseguir y perfeccionar su obra, gracias a la identificación con su pueblo y con sus principios, merced a las condiciones excepcionales de su genio militar y político, extraordinario y fecundo.

Le corresponde sin discusión alguna, la gloria de haber cumplido con singular firmeza el anhelo de los hombres de Mayo, coronando brillantemente la obra que se iniciara en el Cabildo abierto de 1810.

Algunos de nuestros escritores, al investigar los orígenes de la grande obra que culminara en los campos de Caseros, se desentienen de los antecedentes que acabamos de esbozar y atribuyen, en gran parte, la evolución paulatina de Urquiza, a la influencia que en su ánimo altivo y suspicaz tuvieron al través de los años, la enemistad y los celos políticos que le separaron de su viejo amigo el general Pascual Echagüe, a quien acompañara con lealtad y eficacia durante un largo decenio. Recuerdan esos escritores que la suspicacia gaucha de Rosas había pronosticado a éste —ya en 1836— que Urquiza sería en el futuro su mayor peligro...

Tomando como punto de partida esas rencillas personales, estudian su lenta y enconada transformación en querellas políticas y hacen arrancar de ahí, con el andar del tiempo, la línea de separación que poco a poco fué señalando con sello propio, inconfundible y antagónico, los campos y las tendencias de Rosas y Urquiza.

Para quienes conozcan las intimidades de la vida política del Litoral, no es dable discutir la discrepancia en que vivieron Urquiza y Echagüe. Tampoco cabe dudar que si éste no hubiese sido vencido y deshecho por Paz en Caaguazú, en noviembre de 1841, cuando terminaba su tercer período de gobierno, aquel no hubiese sido elegido —precisamente en esos días— para dirigir los destinos de su provincia. Urquiza —entrerriano por los cuatro costados— debió mirar siempre con inquina la entronización de un hijo de otra provincia en el gobierno de aquella en que él había nacido. El predominio de Echagüe (sostenido por Estanislao López) era para él una imposición inaceptable y las antipatías personales que los separaron y que sus propios amigos enconaban sin cesar, tenían que crear, y crearon en breve, un verdadero abismo entre ambos personajes. Estos caudillos eran, por otra parte, dos hombres absolutamente diferentes. De ahí surgió la política que culminó en la Convención de Santa Fe en 1853, gracias a la cual la República pudo cumplir el cuarto fin de la revolución de Mayo.

La evolución política de Urquiza fué de otra índole, mas impersonal, más desinteresada, más ideológica, más grande en una palabra. No son sus antipatías, sus odios personales, los que enfocados hacia Echagüe, mientras éste fué hombre capaz de merecerlos, los que se orientaron luego hacia su alto protector de Buenos Aires, hasta herir de muerte su influencia incontrarrestable y soberana. Es fácil demostrarlo estableciendo la verdadera filiación de un movimiento que es una de las glorias mas preciadas y puras de los argentinos y desde luego, la más brillante que registran los fastos de Entre Ríos.

La revolución argentina de 1810 difiere absolutamente de las otras convulsiones que sacuden, por la misma época, a los pueblos americanos. Por eso, cuando estos movimientos revolucionarios sucumben, en 1815, ante el empuje de la Metrópoli reconstruída sobre las ruinas del poderío napoleónico, la revolución argentina permanece firme ante el embate de los acontecimientos. Lejos de rendirse al enemigo triunfante que ha-

bía dominado a Méjico, a Venezuela, a Nueva Granada, a Chile, al Alto Perú. Que había vencido y aniquilado a Hidalgo y a Morelos, a Miranda y a Bolívar, a Camilo Torres y a Caldas, a los Carrera y a O'Higgins, esa revolución argentina se yergue más alto que nunca en la hora de agonía de sus hermanas.

Levantándose sobre los montes y sobre los mares, lanza a la faz de la tierra por boca de los Congressales de Tucumán, la declaración de la independencia, supremo reto al opresor triunfante, que habían de ratificar en las jornadas de Chacabuco y Maipú, jalones de la Independencia americana.

¿Dónde está el secreto de este éxito definitivo? La respuesta es clara: detrás de los próceres modestos, casi desconocidos, que proclamaron la independencia en 1816, había ya en el Río de la Plata un verdadero pueblo, en el sentido étnico, social, político y económico de ese concepto. Detrás de ellos estaba el pueblo de Mayo, el mismo que años antes había afrontado y vencido, brazo a brazo, en las calles de Buenos Aires, al poder europeo británico que poco después quebrantaría la potencia ciclópea de Napoleón.

Primero ese pueblo había improvisado a Liniers, convirtiéndole en su caudillo predilecto. Pero cuando Liniers osó desconocer su voluntad soberana, le sacrificó sin vacilar en Cabeza de Tigre, tronchando su vida por la mano firme del tribuno Castelli, emisario y miembro de la Primera Junta de 1810. Ese pueblo hizo luego su ídolo y su mentor a Mariano Moreno. Pero no vaciló en su marcha cuando la voráGINE revolucionaria arrebató de la cabecera de sus filas al joven y vehemente estadista. Ese pueblo improvisó general a Manuel Belgrano, imponiéndole en Tucumán que le guiase a la victoria. Pero no cejó tampoco cuando el benemérito patricio fué derrotado en Vilcapujio y Ayohuma. Ese pueblo puso su brazo al servicio del plan redentor de José de San Martín. Pero es indudable que si el eclipse momentáneo de Cancha Rayada hubiese perdurado, no hubiera faltado un Las Heras o un Arenales, capaces de improvisar otros ejércitos y de hacer tre-

molar de nuevo, nimbada de gloria, la bandera azul y blanca que simbolizaba la patria.

Sucumben las otras revoluciones americanas porque son la obra del cura Hidalgo o del cura Morelos y no del embrionario pueblo mejicano. Porque son el esfuerzo de Miranda y de la genialidad de Bolívar y no la tarea consciente del pueblo venezolano. Porque son el fruto de la inspiración y del empuje de José Miguel Carrera o de Bernardo O'Higgins y no la condensación del esfuerzo de la entidad social chilena, que aún no había madurado para tales cambios.

Por la razón contraria, entre nosotros caen y se renuevan los caudillos, pero la marcha hacia adelante no se detiene. La lucha no decae y al fin el triunfo es nuestro, cuando ya los jefes de la primera hora —Saavedra, Moreno, Belgrano, San Martín, Alvear, Güemes, Ramírez, Pueyrredón— o habían sucumbido o se habían esfumado silenciosamente de la escena revolucionaria. Es pues, el pueblo el que triunfa. El que impone su voluntad. Es el pueblo mismo, que cuando se cree traicionado, arrasa en un supremo esfuerzo con todo lo existente y derrumba con estrépito los resabios del caduco coloniaje en el remolino incontenible de 1820, para edificar sobre sus ruinas la sociedad nueva, la sociedad democrática, el organismo federal que había soñado y cuyo definitivo molde habían de buscar en las "Bases" de Alberdi y en el "Federalista" de Hamilton, los ilustres constituyentes de 1853.

En cierto modo una evolución análoga, de parecidas tendencias y de resultados igualmente grandes y trascendentales, es la que se cumple en la Provincia de Entre Ríos en la fecunda década que va desde 1842 hasta la alborada de Caseros.

Urquiza no es sino la encarnación de las tendencias, de las aspiraciones, de los ideales de su pueblo. Embrionarios y confusos si se quiere, pero indeclinables y perseverantes, sostenidos a punta de lanza durante más de seis lustros, mientras se forjaba en el silencio de las aulas escolares y luego en los claustros del Colegio Histórico del Uruguay, la generación que había de encarnar en los hechos esos idealismos populares, hacien-

do verdad en nuestras instituciones y en nuestra vida política, el credo federal proclamado en 1819, entre el vocero imponente de la montonera, en marcha hacia los campos de “Cepeda”.

Es por eso que después de este primer triunfo, Francisco Ramírez impone la “fe federal jurada”, como entonces se decía, en el Tratado del Pilar. Es por eso que poco después, un gobernador de Entre Ríos, hijo de Buenos Aires, don Lucio Mansilla se ve forzado a aceptar de nuevo el mismo principio en el Tratado del Cuadrilátero. Y por igual razón, otro mandatario del mismo Estado, don Pedro Barrenechea, tiene que ratificar ese invariable credo político en el Tratado del Litoral en 1831.

Los hombres cambian, más la orientación popular permanece firme, intocable. Está en marcha y la idea ha encarnado en un organismo robusto, cuyas energías vitales se retemplan en años de incesante y rudo batallar: el pueblo la sostiene, la ampara, la salva y la hace triunfar.

Colocado Urquiza en 1842 al frente del pueblo entrerriano, recoje la bandera que otrora sostuvieron Ramírez, Mansilla, Barrenechea.

Diez años vela las armas de su pueblo, adiestrándole en lides cruelísimas que prodigan su sangre pero acrecen su prestigio. Diez años labora en silencio, formando capitanes que le secundan, preparando generaciones capaces de recoger los frutos de su obra ciclópea, para hacerla fructificar a su vez en todos los ámbitos de la patria amada.

Genial y clarividente, se encargó él mismo de formar los jefes de las divisiones que habían de darle el triunfo final. Fomentó los prestigios, aun fuera de Entre Ríos —llámense Viñasoro, Cáceres o Garzón— que habían de aportar a su causa el auxilio extraño pero eminentemente afín y armónico, que debe colaborar en primera línea, para la consecución de la victoria; para la imposición de su credo institucional, político y social.

El mandato imperioso y primordial de su pueblo, heren-

cia sagrada, fué aceptado sin hesitaciones por el hombre que encarnaba las aspiraciones de sus paisanos, quien lo enuncia por primera vez en la proclama con que asume el mando cuando la Legislatura de Paraná le elige en reemplazo de Echagüe: “Debo sostener la Federación —dice— no me violento. Puedo llamarla mi compatriota. Nací en el país de la República donde se invocó la primera vez y crecí a la sombra de sus banderas” (fechada en Arroyo Pintos el 1º de Enero de 1842).

Palabras terminantes, decisivas, que definen su posición ideológica. Constituyen el “credo” de Urquiza y traducen la más clara y precisa aspiración del pueblo cuyos destinos es llamado a regir en tan aciagos momentos, ya que vióse forzado a emigrar al Tonelero en 1842, retirándose ante las huestes victoriosas de Paz que avanzaba por el Norte después de Caaguazú, y ante las tropas de Rivera, que venían del Oriente, asolando las campañas a su paso.

Urquiza acepta la aspiración de sus gobernados y la hace suya, conquistando así la adhesión absoluta, unánime y permanente de su pueblo. En adelante él será Entre Ríos y sus anhelos serán los anhelos de los entrerrianos: de ahí su fuerza y su prestigio. De ahí su perseverancia en el esfuerzo, por árduo que sea. De ahí su triunfo decisivo en la contienda que abatió la Dictadura en ambas orillas del Plata, con el concurso de su inteligencia y de su brazo poderoso y el apoyo leal de sus entrerrianos, unidos al indómito pueblo correntino.

La misma tendencia e idénticos propósitos de lucha abierta contra Rosas y su sistema, fracasan reiteradamente cuando no pueden evidenciar a su favor la orientación que señala una idea trascendental, como esa que fijó Urquiza en su bandera: “Organización Nacional o Muerte”. ¿Y porqué fracasan? Porque no pueden exhibir a sus espaldas un pueblo unido, disciplinado, penetrado de semejante anhelo, a punto de templearle para el heroísmo y el sacrificio.

Por eso triunfa en 1816 el pueblo argentino, cuya bandera toma San Martín. He ahí porque, siete lustros más tarde, impone su fuerza el pueblo de Entre Ríos, encarnando en la

genial figura de su típico caudillo. En cambio, el más hábil estratega de esas épocas, don José María Paz, fracasa en la empresa, cuando después del triunfo de Caaguazú se malquista con el Gobernador Ferré, encarnación genuina del pueblo de Corrientes, en el que aquel se apoyara para luchar contra Rosas. Y algo peor le ocurre, cuando logrado el apoyo político y militar del Paraguay y organizado el ejército que se atrincheró en los bañados de Ibahay, rompe con la influencia, entonces popular e inmovible de don Joaquín Madariaga y sus hermanos.

Otro brillante paladín de la epopeya de la independencia, el general Juan Lavalle, vence a Juan Pablo López y despeja su frente de enemigos, cuando tiene a su espalda, como un solo hombre, al pueblo y a los gobernantes correntinos. Pero a poco que se aleja de ellos y procede por su cuenta, no logra romper siquiera el frente del menos idóneo de los generales rosistas, don Pascual Echagüe, en las jornadas de "Sauce Grande" y "Don Cristóbal".

Los hermanos Madariaga fueron poderosos y se mostraron invencibles mientras eran una sola entidad con su pueblo, que idolatraba a Joaquín, honesto y patriota gobernante. Pero, cuando a consecuencia de lo ocurrido con el general Paz; de las incidencias que siguieron al combate de "Laguna Limpia" y a la prisión de su hermano Juan; de las negociaciones que precedieron y siguieron a la firma de los famosos Tratados de Alcaraz, sus prestigios se habían ido eclipsando poco a poco y gran parte de los correntinos se les separa para seguir a los hermanos Virasoro y a Nicanor Cáceres. La hora del "Potrero de Vences" se acercaba a prisa y esa sola jornada derrumbó, con estrépito, la obra de varios años sin permitir resistencias posteriores, que dieran tiempo a un resurgimiento vigoroso y eficaz de la reacción liberal en Corrientes.

Estos sucesos, notorios y comprobados, abonan nuestra tesis: son los pueblos, chicos o grandes; de la Nación o de las Provincias, los que orientan las campañas, exaltan a los cau-

dillos, les apoyan y les llevan al triunfo o a la derrota según sea su fuerza, su unidad, su cohesión y aún la excelstitud de la idea o de los principios que les mueven y sustentan.

Corrientes se batía con denuedo y eficacia, ya mandada por Lavalle, Paz o Madariaga, cuando unida y disciplinada, oponía el principio de su propia autonomía a los secuaces del Dictador, empeñados en entregarla a éste atada de pies y manos. Pero cuando había de batirse contra los sostenedores de una idea indiscutiblemente trascendental —la que proseguía la organización inmediata del país bajo el sistema federal— tenía que sucumbir, y sucumbió como debía fatalmente suceder.

Urquiza, siguiendo una política nueva, a la que se mantuvo fiel hasta su muerte, quería ya en 1846 ahorrar sangre de argentinos: de aquí los convenios de Alcaraz que Rosas no ratificó y que Joaquín Madariaga creyó un ardid traicionero tendido a su buena fe y patriotismo.

“Vences” fué la consecuencia de una lamentable equivocación sobre la verdadera tendencia y la indiscutible honorabilidad de Urquiza. En esa histórica jornada se confirma una vez más nuestro aserto. Son las ideas las que triunfan y los pueblos que las alientan, haciendo instrumento de aquellas a los caudillos y a éstos encarnación brillante de su valor, de su fuerza, de su eficiencia para vencer y perdurar.

Nuestra Historia o la crónica que narra episodios de la vida provincial así lo confirma, como acabamos de verlo en mayor o menor escala, según sean los escenarios en que se lucha, los factores que intervienen en las contiendas o los ideales que les guíen o sustenten. No es posible creer que obra tan grande, tan paciente, desarrollada en años de incesante labor, haya sido asentada simplemente sobre la base deleznable y efímera de una rencilla personal entre dos o más caudillos. El odio es una potencia negativa que puede invocarse, cuando más, como causa de destrucción y de ruina, nunca como poder creador: sólo el amor es fecundo, sólo él es eterno, ya que per-

petuamente se vivifica reproduciéndose en nuevas y más perfectas creaciones.

Podemos aceptar, en parte, que la malquerencia de Urquiza hacia Echagüe primero y hacia Rosas después, sirvió para pulverizar el poder que representaron ambos. Pero sólo al calor del amor de su pueblo, cuya genuina y vigorosa encarnación era, pudo fecundarse, nacer y cumplirse su grande obra, realización feliz de aquel perenne ideal de sus provincianos: la Organización Nacional bajo el Sistema Federal, por cuyo triunfo habían combatido sin tregua los entrerrianos desde 1819 hasta 1853. Desde la jornada remota de "Cepeda" hasta la triunfal jornada de "Caseros".

La campaña que terminó en los campos de Morón no es sino la culminación victoriosa de la evolución que se iniciara en Entre Ríos cinco lustros antes. La organización del país bajo el sistema federal era su aspiración unánime desde la época de Ramírez, repetimos. Es más, por los días a que nos referimos, era ya la aspiración de la inmensa mayoría de los argentinos, muchos de los cuales creyeron honradamente que el general Rosas, Gobernador de Buenos Aires, era el hombre llamado a realizar esa gran obra, de la que hablaba incesantemente en todas sus proclamas, en todos sus decretos, en todos los documentos públicos y privados que inspiró a través de su larga y accidentada vida pública. El astuto Dictador sabía eso de memoria. Jamás olvidó, ni por un día, hablar de federalismo al pueblo de la República, enrostrando siempre a sus adversarios ser el perenne obstáculo que se oponía a la realización de la promesa reiterada a los pueblos en los tratados de 1820 y 1831. Sus generales lo creyeron así en los comienzos de la larga lucha sostenida contra el bando unitario. Para sus subalternos era eso un artículo de fe y el pueblo fanatizado que lo endiosó en determinada hora, creyó siempre que la "Santa causa de la Federación" era el único ídolo ante el cual debían inclinarse y por el cual daban gustosos sus vidas. No oían otro tema desde la niñez. Era la propaganda reiterada y continua de Rosas que no cesaba de insistir en todas sus

manifestaciones, tanto públicas como privadas: “Viva la Santa Federación. . .”

Vencido Rosas en Caseros, Urquiza lo dejó huir del teatro de su larga actuación, no poniéndole obstáculos para que preparara su voluminoso equipaje, compuesto de gran cantidad de enormes baúles y cajones donde salvó sus papeles. A bordo del buque inglés que le llevara al ostracismo, se embarcó también el entonces Coronel don Gerónimo Costa, heroico defensor de Martín García, uno de los jefes que más confianza le merecía; uno de los pocos que jamás se manchara con actos de crueldad; el mismo que luego fué ignominiosamente fusilado en 1856.

El coronel Costa creía sinceramente que el único ideal de Rosas había sido —como era el suyo propio— constituir el país bajo el sistema federal. Por eso le preguntó con ingenua franqueza al Dictador caído: “Que lástima, señor General, tener que dejar V. E. el Gobierno, tan luego ahora, cuando habíamos ya despejado de unitarios el camino, cuando al fin iba a poder organizarse el país bajo el sistema federal”. Rosas se volvió bruscamente y descubriendo recién su verdadero pensamiento, contestó a su compañero de destierro: “¿Quién le ha dicho a Vd. que yo pensara en semejante cosa?”.

Esa sola frase derrumbó todas las ilusiones del bravo soldado, que a menudo las repetía después, revelando en su tono contrito la decepción de su espíritu, acaso el arrepentimiento de su alma generosa, al pensar en las atrocidades que tolerara en la creencia de que únicamente así podía servir, por entonces, a su más firmes ideales y convicciones.

¡Cuántos no serían los que en las filas de Rosas se hallaron por largos años en el caso del valiente y honrado coronel Costa!

Sin embargo el Dictador era consecuente consigo mismo, pues basta recordar los términos precisos de su última carta a Facundo Quiroga, a fines de 1834, para convencerse de que todo quería menos la organización constitucional de la Repú-

blica. Diez y siete años después seguía pensando en idéntica forma. No había pues cambiado de idea al respecto!

Estimamos que Urquiza no debe haber participado de esas esperanzas, desde que pudo ver en 1842, cuando su emigración al Tonelero, el poco caso que Rosas hacía de las autoridades “federales” de la Provincia de Entre Ríos, a quienes ni siquiera hizo respetar con sus sicarios de San Nicolás, de Rosario o de Santa Fe. Y poco después cuando se negaran a su hermano Cipriano —Delegado suyo— hasta las armas usadas que Oribe devolvía a Buenos Aires, al pertrecharse en su campo de Las Conchas, con el nuevo y abundante armamento que le remitiera el propio Rosas.

Desde ese instante, cuando por vez primera sentía Urquiza gravitar sobre sus hombros el peso de las responsabilidades del gobierno —ya que fué electo días antes de verse forzado a pasar al Tonelero—, la venda tiene que haberse caído de los ojos respecto de las verdaderas intenciones del Gobernador de Buenos Aires. Y es probable que tan luego como se sintió dueño y señor de sus acciones, así que Oribe se ausentó para siempre del territorio argentino y cuando se derrumbaba silenciosamente la obra de Paz en Corrientes, su clara inteligencia concibiera el papel trascendental que el destino le llamaba a representar en el emocionante drama en que se jugaba, por esos días, la suerte de la Patria.

Lo indudable es que entonces empiezan sus tentativas para sacudir el pesado yugo dictatorial absolutista de Rosas. Es precisamente en esa época, cuando intenta ponerse de acuerdo con Fructuoso Rivera para combatir contra el poderoso y temido adversario común. Es por ese entonces cuando hace llegar a oídos del general José María Paz, su propósito de aunar esfuerzos para voltear a Rosas. Es en esos días cuando se apresura a tender su mano amiga al general don Eugenio Garzón, desterrado por celos del campo de Oribe, llamándole a su lado para que organizara el “Ejército de Reserva”, pacientemente adiestrado por aquel veterano de las guerras de la independencia y del Brasil, en el histórico campamento del Arro-

yo Grande, antemural opuesto desde esas horas memorables a las frecuentes y asoladoras invasiones correntinas, por el potente ejército que Garzón adiestrara bajo sus órdenes.

Estos hechos están perfectamente probados. Son algo así como los jalones que señalan el avance incesante del general Urquiza hacia la realización de su más bello ideal, de su más legítima y enaltecedora aspiración de hombre y gobernante. Y a medida que la tarea avanza, a medida que el ejército entrerriano crece y se disciplina, crecen también en igual proporción los prestigios que se difunden, día a día, más allá de los ríos que delimitan el territorio de la patria. Cuando la fama empieza a repetir su nombre en Montevideo, en Santiago, en Asunción, en Janeiro, en las mismas cortes europeas, sus colaboradores internos, siguiendo sus órdenes precisas, sin perder un momento, llenan de escuelas los pueblos entrerrianos, fomentan la incipiente prensa periódica, escriben a los emigrados de valía llamándoles en su nombre y comienzan a hacer saber "urbi et orbe", que el general (como por antonomasia le titulaban) sólo esperaba abatir a sus más potentes enemigos inmediatos, para emprender por su cuenta y riesgo la obra impostergable y siempre capciosamente demorada, de la Organización de la República bajo el régimen federal.

Muchos de los escritores que han estudiado este aspecto de la historia patria han pasado silenciosamente por alto esta parte interesantísima de la obra de Urquiza: la gran tarea de colaboración interna que se cumplía en torno del caudillo, sin tregua y sin desmayo. Muchos han llegado a atribuir al Brasil la parte principal de la campaña de 1851-52. Otros han hablado de los remotos consejos de don Florencio Varela, que por desgracia dejaron de oírse en 1848. Algunos atribuyen a don Andrés Lamas las inspiraciones primeras del plan libertador y no pocos creen que fué don Manuel Herrera y Obes quien indujo al general Urquiza a pronunciarse contra Rosas. Sin embargo nada de esto es la verdad. Urquiza no era hombre que se dejara arrastrar por nadie en empeño de tal naturaleza. Siempre que trató de abordarlo, la iniciativa fué suya y

por impulso propio la puso en marcha. Suyas son las tentativas de Outes, de Murgiondo, de Montero, de Castro para entenderse con Rivera, con Paz, con Varela y a él sólo pertenece el impulso decisivo que les dió, cautelosamente, por medio del comerciante catalán de Gualeguay don Antonio Cuyás y Sampere. Pero mientras apelaba a esos resortes ocultos y misteriosos, para cuyo uso jamás necesitó autorización de nadie, toda una pléyade de amigos probados, decididos, inteligentes y probos, trabajaban a su alrededor propendiendo al logro de sus planes.

Destacamos en primera línea entre ellos, al digno cura y vicario de Paraná doctor Francisco Dionisio Alvarez, sabio mentor de Urquiza que, animado de notoria malquerencia hacia el Dictador, impulsaba en todas las oportunidades las tendencias levantiscas de aquel, incitándolo a la acción.

Igualábale en autoridad en el ánimo reservado y suspicaz de Urquiza, el ilustrado y valiente general Eugenio Garzón, uno de los héroes de Ituzaingó y su más caracterizado consejero y colaborador militar. Enemistado con Oribe que le expulsó de su campo en el Departamento de Tala (prohibiéndole que le acompañara hasta su asistente de confianza), fué desde entonces confidente inteligentísimo de Urquiza, que pudo probar en las dos campañas de Corrientes, en 1846 y 1847, el valor de sus consejos militares y la honradez de sus proceder.

El venerable patricio doctor Manuel Leiva alternaba con éstos. Ya en 1832 se había señalado por su iniciativa tendiente a la reorganización nacional, escribiendo al efecto la carta famosa que le valió la persecución enconada de Rosas. Fué el doctor Leiva quien en 1850 recorrió uno por uno los pueblos entrerrianos, preparando sigilosa y hábilmente a sus vecindarios para los trascendentales sucesos que debían sobrevenir. So pretexto de observar y regularizar la percepción de la renta y el funcionamiento de las respectivas Receptoría, viajó este noble personaje de villa en villa, sondeó los ánimos, dejó caer en los oídos más discretos una que otra confidencia y sin com-

prometerse en nada, despertó intensa expectativa sobre los sucesos que debían realizarse de inmediato y que todo el mundo anhelaba con vehemente y exaltado civismo.

Poco antes del Pronunciamiento memorable, llegó del Uruguay el talentoso doctor Juan Francisco Seguí, de figuración descollante en Santa Fe en años y reacciones anteriores. Era la pluma acerada y elocuente que había menester las épicas jornadas que se preparaban y se hizo cargo de la Secretaría General de Urquiza, cuando el doctor Nicanor Molinas, otro destacado colaborador de primera fila, debió emprender viaje al Paraguay en misión especial con propósitos de alianza defensiva, que no se realizó por desconfianza de su gobernante.

No podemos dejar de mencionar especialmente al Gobernador-Delegado don Antonio Crespo, que debía cumplir las órdenes que desde lejos le enviara el titular; al periodista don Ruperto Pérez, entusiasta vocero de la reacción y a don Angel Elías, hermano de aquel noble y valiente coronel Elías que fuera predilecto ayudante de Lavalle.

Otro de los hombres seguros con que Urquiza contaba era don Antonio Cuyás y Sampere, y él, como don Vicente Montero, cuñado y amigo del general, fueron los primeros a quienes abrió éste, con franqueza, su pensamiento realmente trascendental para la suerte de Entre Ríos y para los más grandes y permanentes intereses del país. Fué aquel hábil y astuto catalán, el hombre encargado de apersonarse con cautela a los personajes del Gobierno de Montevideo primero, a los representantes del Brasil después. Resultó tan acertada su gestión, que sólo supo Herrera y Obes lo que el ministro del Brasil había resuelto, cuando ya el Imperio estaba de lleno dentro de las sutiles maniobras del caudillo de Entre Ríos, que supo seleccionar con tacto e inteligencia a sus colaboradores y amigos.

Esos hombres formaron lo que podemos llamar la plana mayor de la gran cruzada que derrocó a la dictadura en ambas orillas del Plata.

Cada uno de ellos se movió en su esfera, sin un deslíz, sin

un desplante, sin una indiscreción, conspirando algunos por años, en el sentido de facilitar la reacción de Urquiza, sin que Rosas ni ninguno de sus secuaces lograra saber de ellos ni una palabra más de lo que se propusieron revelarles o de lo que Urquiza indicó que dejaran descubrir...

En lo que respecta al orden militar, Entre Ríos, aparte de sus propias fuerzas, había reunido sigilosamente las primeras espadas de esos tiempos. El legendario Lamadrid acompañó a Urquiza el día del Pronunciamiento y estuvo en Caseros; Juan Pablo López, heredero del prestigio de su hermano Estanislao, en Santa Fe, fué oportunamente invitado por medio de su sobrino teniente coronel Luis Hernández y vino a radicarse en Diamante, participando en los trabajos de organización; el general don Pedro Ferré, venerable patricio correntino, fué llamado desde su destierro en el Brasil y se radicó en La Paz, donde preparó las balsas en que debía efectuarse el pasaje del Río Paraná, recordando su viejo oficio de carpintero de ribera del que se enorgullecía; al prestigioso caudillo oriental general Venancio Flores llamósele por intermedio de don Juan Castro, pariente de Urquiza, y fué quien dirigió el pasaje del Río Uruguay frente a Paysandú en 1851. Los más notorios jefes vencidos en "Vences" habían sido atraídos con habilidad, brindándoles honrosas posiciones, que dieron figuración al coronel Eusebio Palma y entre otros a los comandantes Ignacio Benavídez, Luciano González y Pedro Juan Martínez. En una palabra, una innumerable legión de emigrados cruzaba día a día, sigilosamente, las fronteras de Entre Ríos y Corrientes y acudían presurosos a los puntos que de antemano se les señalara, listos para empuñar las armas en el momento oportuno y batirse por la causa nacional, a la que tantos sacrificios ofrendaran todos ellos en las prolongadas luchas civiles que se sucedieran casi sin tregua a partir de 1836.

Todos venían contando con la base inmovible que ofrecía a la reacción "un pueblo en armas": el aguerrido pueblo de Entre Ríos encarnado en la persona de su glorioso je-

fe, Justo José de Urquiza, dispuesto a realizar un programa que era aspiración máxima del país, pero cuyo primer capítulo consistía en un nuevo período de guerra, en cuyas batallas iban a jugarse, una vez más, los destinos de la patria. Ese pueblo de Entre Ríos constituía por sí solo "las lanzas y las masas" que según la gráfica expresión de su caudillo, eran la condición indispensable del éxito en las azarosas lides de la incierta política de esos duros días.

Puede apreciarse en los conceptos que acabamos de trazar, la compenetración absoluta, íntima y constante de Urquiza y de su pueblo. Evidéncianse también las proyecciones ciclopeas de la magna obra que debe realizar el gestor de la cruzada redentora, para convertir en hechos trascendentales y definitivos las aspiraciones políticas de la entidad social en medio de la cual nació y se formó, encarnándola luego y transformándola en la fuerza incontrarrestable merced a la cual pudo triunfar, realizando con feliz amplitud sus propios planes, pacientemente madurados y hábilmente cumplidos.

Por eso afirmamos que Urquiza al consustanciarse e interpretar a su pueblo en sus fibras más íntimas, supo y pudo triunfar contra los hombres que no tenían sus ideas afianzadas en la masa anónima popular, que en todo el curso de la Historia de la Humanidad fué la que le dió contenido social, humano y noble a sus revoluciones fundamentales.

ANTONIO P. CASTRO

NOTA: Los cuatro postulados básicos de la Revolución de Mayo, están contenidos en estos principios y en estas fechas:

Primero: La Libertad inicial, el 25 de Mayo de 1810.

Segundo: La Independencia Nacional, el 9 de Julio de 1816.

Tercero: La liberación y caída de los gobernantes porteños imbuidos de ideas anaerónicas y monárquicas, iniciada en la batalla de "Cepeda", el 1º de Febrero de 1820, y estampando en el Tratado firmado en el Pilar, el 23 de Febrero de 1820, el primero de los "pactos preexistentes" a que se refieren la Constitución de 1853 y 1949, y son principios federales actualmente vigentes.

Cuarto: La Constitución Nacional bajo el Sistema Representativo, Republicano, Federal, sancionada el 1º de Mayo de 1853, así como en la reforma de 1949.

